

# UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN IX • NUMERO 9  
MEXICO, MAYO DE 1955  
EJEMPLAR: \$1.00

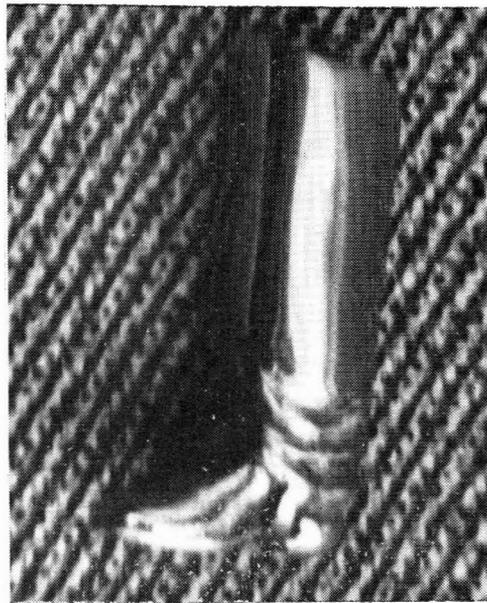
PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

## HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

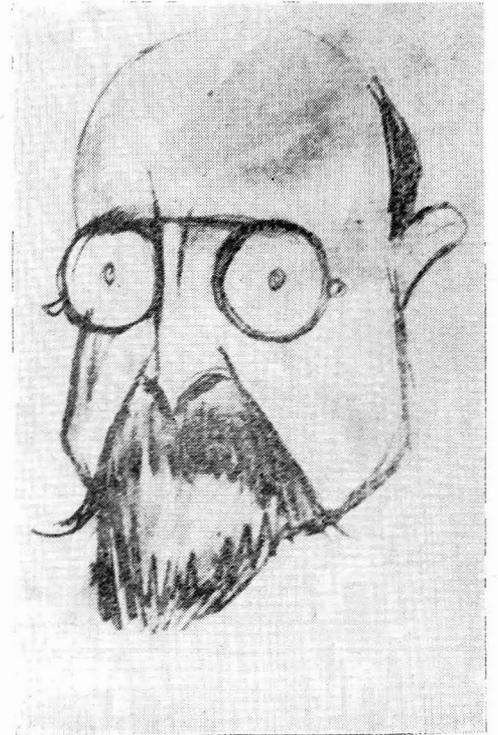
Por Alfonso REYES



D. Francisco A. de Icaza, afeitado



La botita entró poco a poco en el misterio



Caricatura de D. Francisco A. de Icaza, por Orozco

### IV. Los días heroicos

**D**URANTE mi edad estudiantil, usé siempre en el reloj, a manera de "leopoldina", pues la tradicional "leontina" nunca fué de mi gusto, una botita de oro que todos mis compañeros conocían y hasta servía para identificarme y dar mis señas personales. Era recuerdo de cierta ocasión en que el Agregado Militar de Alemania le rompió a mi padre la bota fuerte, cabalgando en su compañía, al echársele encima para

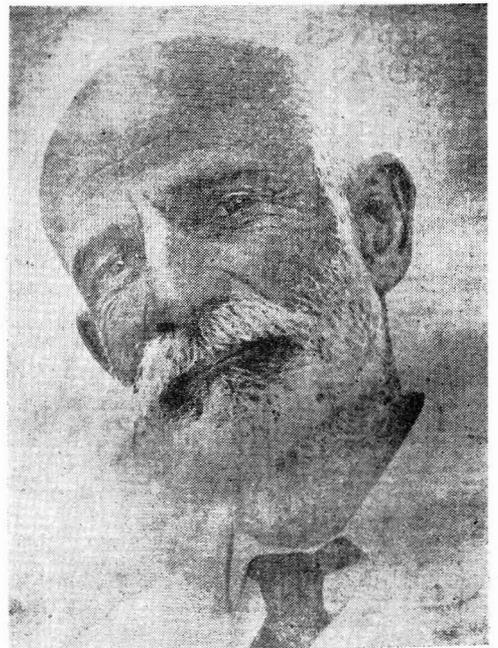


Napoleón se lanzó conmigo a la conquista del mundo

detenerle el caballo, que se había desbocado, o mejor, "había mordido el freno", con el cortés eufemismo que entonces empleaban los jinetes por respeto a su cabalgadura. Mi padre era Secretario de Guerra y Marina y había puesto a la moda —dignificación social del ejército— la Caza a la Zorra y otros deportes. El Club Hípico Militar competía con cierto club de caballistas al que



Amado Nervo quiso ayudarme de mil modos



D. Francisco Giner de los Ríos

### S U M A R I O

La feria de los días • Un relato de Ricardo Güiraldes por Emma Susana Speratti Piñero • Una invocación: Guanabara por Jaime García Terrés • El abuelo por José Mancisidor • La bandeira y su origen social por Cassiano Ricardo • Literatura catalana: Una cronología por Ramón Xirau • Don José Cadalso, desengaño y dolor de España en el siglo XVIII por Carlos Blanco Aguinaga • La cultura literaria de López Velarde por Carlos Villegas • Artes Plásticas por J. J. Crespo de la Serna • Jerarquía científica del folklore por Fernando Anaya Monroy • La Música por Joaquín Gutiérrez Heras • Letra y Espíritu: La atención de Piovene por Tomás Segovia • El Cine por Manuel Michel • Libros por José de la Colina, Enrique González Rojo, Mario Puga y Carlos Valdés • Pretextos de Andrés Henestrosa • Ilustraciones de Vicente Rojo.

pertenecían, entre otros, el dicho Agregado y el señor Albert, condeño de la Gran Sedería.

Aquella botita era un primor. En la suela llevaba grabada la fecha del episodio. El acicate se prendía al tacón por un par de chispas; la rueda giraba en libertad. Pero mi padre, poco dado a joyas, al punto de ni siquiera usar sortija de matrimonio, me dejó el disfrute de la botita. Un día, en la Preparatoria, se me cayó en una probeta de mercurio, se amalgamó y se puso plateada. La restauramos a la llama de alcohol. La espuela, que estaba soldada, se desprendió. Nunca se la pudo sujetar como antes. Tengo idea de que llegué a obsequiarla y, a la muerte de mi padre, por ser prenda suya, me la devolvieron.

Cuando, en 1913, salí para Europa, no recuerdo haberla llevado conmigo. La botita entra poco a poco en el misterio. Al cabo, no supe más de ella. Heredó su oficio, al ausentarme de México, otra "leopoldina" que se fué en mis maletas y era también presente paterno: un guardapelo de oro con un busto de Napoleón, sujeto a una cinta de seda negra. Napoleón se lanzó en mi compañía a la conquista del mundo. En mis primeras escaramuzas madrileñas, yendo y viniendo entre el bolsillo de mi chaleco y el monte de piedad, Napoleón me sacó de apuros más de una vez, completando las sumas que me pagaban Ruiz Contreras por sus traducciones y Diego Redo por sus fantasías azucareras. (Ver cap. II).

Mi madre, que aún contaba con algunos recursos a los comienzos de su viudez —en tanto se cambiaban las tornas y nos tocara valerla a sus hijos, Rodolfo con la casa del Ciprés y yo con una pensión mensual—, me ayudó un poco desde lejos; y lo hacía tan discretamente que sólo más tarde lo supe: yo tomaba sus ministraciones por préstamos de mi hermano. A ella, para tranquilizarla (como Maximiliano, recién llegado a México, lo hacía con Francisco José), le escribía yo unas cartas llenas de optimismo y fingidas buenas noticias. La pobrecita sonreía y callaba.

Mi hermano, que se había establecido en San Sebastián, me envió una docena de cartas dirigidas por sus amigos donostiarras a algunas personas de Madrid, en que se me recomendaba solícitamente; pero yo no pude aprovecharlas, porque estas personas eran gente de la política que andaba muy lejos de mi órbita.

Don Francisco A. de Icaza, antes Ministro en Madrid, que me re-



D. Rafael Altamira, a quien yo conocí desde México (1910)

## UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

## REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: „ 1.50

Suscripción anual: „ 10.00

## PATROCINADORES

COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—  
ABBOTT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—  
BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR,  
S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA  
DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR,  
S. A.—FERROCARRILES DE MÉXICO, S. A.—  
FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—  
INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.  
(ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO  
SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASIS-  
TENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA,  
S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

cibió con afecto verdaderamente paternal, no pudo disimularme su inquietud: "Posible es —me dijo sin rodeos— que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes." Y desde el primer instante me acompañó con su consejo y su valimiento, con su invariable afecto que cada vez se hizo más cercano.

Amado Nervo, hasta entonces Primer Secretario de nuestra Legación en España, quiso ayudarme de mil modos: me puso en tratos con Villaespesa; con uno de los Maeztu (no el escritor ni el pintor) que andaba en ciertos proyectos para la publicación de una revista; con *Caras y Caretas*, de Buenos Aires; con Gregorio Martínez Sierra, que dirigía la editorial "Renacimiento"; hasta con Villegas, el director del Prado, para que me diera un pase al Museo... Pero nada de esto prosperó y ni siquiera lo intenté empeñosamente.

Como Icaza había dejado también el puesto diplomático, y el nuevo representante, Sánchez Azcona, aún carecía de título regular, entiendo que Nervo sirvió como intermediario ante el gobierno español, al menos en los primeros instantes. Pero la situación de Nervo tampoco era segura ni definida. Antón del Olmet, buen caballero y mal poeta, se dejó llevar de un arrebato cordial y solicitó del Congreso español una imposible pensión para Amado Nervo, quien naturalmente se apresuró a declinar la oferta antes de que la solicitud se discutiera. El semanario *España* —cuyo primer número apareció el 29 de enero de 1915— pidió noblemente que, no con pensiones puesto que no se trataba de inválidos, pero de alguna otra manera eficaz, se aprovechara a los mexicanos distinguidos, a quienes las peripecias políticas habían llevado "al regazo español". Nervo sólo fué reintegrado en sus funciones por septiembre de 1916; al año siguiente era ya Encargado de Negocios ad-int.; y luego continuó como Primer Secretario bajo el Ministro Eliseo Arredondo. Todavía hizo que éste me comprara mi antiguo espadín diplomático, pues aún no se suprimía en México el uniforme. En junio de 1920, al retirarse de España, Arredondo me devolvería de nuevo el espadín, que a mi turno me tocaba ya usar. (Ver mi libro *Cortesía*, págs. 27-31). Pero ya para entonces Nervo había regresado a México, adonde salió en mayo de 1918, y lo había sucedido en el puesto Luis G. Urbina.

(Pasa a la pág. 10)

por monstruos horripilantes.

¿Cómo vestían los bandeirantes? Todo el mundo conoce ya su típica figura. Esclavina de estameña, botas de cuero, hacha a la cintura y escopeta al hombro, y casaca de algodón o de piel de cabra, esto último si se trata del jefe de algún paqueño ejército. Muchos bandeirantes se libraron de ser mordidos por las cobras gracias a sus altas botas de fuerte piel. Nada mejor que estas botas de caña alta, para librarse de las agudas espinas tan abundantes en aquellos caminos desconocidos, espinas que sólo los "caneludos" y los "pies largos" soportaban, gracias a la dureza adquirida por las plantas de sus pies, inmunes al aguijón de las hormigas de fuego y a los espinos. Un ancho sombrero como defensa contra la inclemencia del sol, completa su indumentaria, pero no se libra del calor y de la sed.

¿Cuál era la procedencia social de los individuos que llegaban a través del Atlántico? Antes de responder, es preciso recordar que el medio social de la Península Ibérica estaba dividido en tres sectores: la rancia aristocracia, la burguesía opulenta y la plebe indiferenciada o clase pobre. De esta última salieron los primeros pobladores.

Los ricos, los que vivían cómodamente en su medio aristocrático, no habían de venir a afrontar los peligros de toda especie, dado que la más noble hidalguía o la más pura sangre nada servían frente al salvajismo del mundo desconocido, donde imperaba la antropofagia. Antropófagos e hidalgos no podían llevarse bien.

Todos los colonizadores descendían de alguna familia hidalga del reino, si bien solía ser a través de muchas bastardías y de muchos cruces afro-asiáticos. Alfredo Elis hizo una interesante clasificación de los colonizadores en la siguiente forma: descendientes, por una rama u otra, de aristocráticas familias peninsulares; pobladores que se llamaban hidalgos, aunque no es posible saber si esta hidalguía se relacionaba con la aristocracia de los reinos peninsulares, o si se debía a méritos personales; colonizadores sin título alguno y de ascendencia ignorada; y, finalmente, colonizadores de indudable origen plebeyo, multitud inmensa que Taunay llama *vulgum pecus*. Estos constituían la inmensa mayoría de los colonizadores de América.

Consideremos cuál fué el papel desempeñado por la bandeira respecto de la cul-

tura de la altiplanicie, y "sus influjos recíprocos".

¿Cuál era el grado de cultura del poblador de Piratinga? ¿Cuál fué el comportamiento intelectual —permítaseme la expresión— del grupo humano allí establecido? ¿Habría ejercido alguna influencia en la realización del fenómeno expansionista la "clase" de inteligencia de que estaba dotado este grupo?

No ha faltado quien afirmara, como si tal cosa pudiese alterar el curso de la Historia, que Joao Ramalho, además de judío, era analfabeto... "Lo que está fuera de toda duda es que el célebre alcalde mayor de Borda do Campo no sabía escribir su propio nombre". ¿Hubiera sido necesario que los trabajadores y las autoridades dejaran de desempeñar su cometido por no saber escribir? Es cierto que Aleixo Jorge, al ser nombrado tesorero de las bulas de la Santa Cruzada, renunció a tan honroso cargo, por no saber leer ni escribir. Todavía eran más incultas las mujeres, según el testimonio de algunos historiadores indiscretos. La primera y única mujer que sabía escribir su nombre en Sao Paulo, fué Leonor de Siqueira, esposa de Luis Pedroso de Barros, que llegó a la ciudad a mediados ya del siglo XVII. Después de ella, aparece Magdalena Hols-

quor, mujer de Manuel Vandalá, lector asiduo de la *Divina Comedia*.

Papini nos ha hecho, en cierta ocasión, la siguiente pregunta: ¿Qué sois vosotros, odiosos intelectuales, frente al rudo campesino que trabaja la tierra para daros de comer?

Podríamos también preguntarnos: ¿Qué sois vosotros, odiosos intelectuales, frente a aquellos héroes que, calzadas sus grandes botas, atravesaron todo un continente, abriendo selva y caminando doscientos o cuatrocientos leguas a pie, muchas veces sin tener siquiera qué comer, para entregaros una patria, gracias a su esfuerzo?

Anchieta, nuestro primer *bandeirante* espiritual, comprendió muy claramente lo irreconciliable que era el intelectualismo puramente libresco con las fuerzas nuevas y puras, que no podían ser deformadas.

No. Los bandeirantes no debían ser intelectuales; serían poetas.

Los poetas de los tres espejismos maravillosos, cuyo resultado fué la formación de una gran patria.

Extracto del capítulo IV del libro *La marcha hacia el Oeste*, de Cassiano Ricardo, que publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica en su colección "Tierra Firme".

## HISTORIA DOCUMENTAL DE MIS LIBROS

(Viene de la pág. 2)

Don Rafael Altamira, a quien yo conocía desde México (1910), me invitó a visitarlo en cuanto supo de mi llegada a España; pero no creyó oportuno presentarme, como yo se lo pedía, con don Francisco Giner de los Ríos —quien acaso me hubiera ayudado a encontrar más pronto mi camino—, porque, según me explicó, el ilustre anciano estaba ya muy cansado y achacoso. Yo creo que don Rafael nunca comprendió bien mi situación en España y las razones de mi viaje, pues cuando, poco después, nos cruzábamos en el Centro de Estudios Históricos, siempre me decía: "¿Usted por aquí? En su tierra es donde hace falta la gente como usted". El no podía figurarse el dolor que me causaba con eso. Muchos años más tarde tuve el gusto de verlo otra vez en México, adonde volvió con los refugiados republicanos, y aquí murió rodeado del respeto que merecía. Trabajó hasta el último instante con ardor ejemplar. No se daba a partido, y cuando sus compatriotas se quejaban, solía decir con tono zumbón, peinando sus barbas de octogenario: "Muy

mal anda el mundo. La verdad es que vamos a tener una vejez muy triste."

En tanto, año de 1915, los tres huéspedes de Torrijos —Acevedo, Guzmán y yo— nos las arreglábamos como podíamos. Martín y yo llegamos a recorrer, sin éxito, las casas de pinturas, procurando vender unos pasteles y unas acuarelas de Acevedo, visiones de arquitecto que no interesaban al *marchand*: la Puerta de Alcalá, paisajes de las afueras, "La casa en construcción", donde los albañiles trepaban por los andamios acarreando vigas, sogas, cubos. Este último cuadro me parecía una escena egipcia, algo como la edificación de las pirámides, y hoy daría cualquier cosa por recobrarlo, pero creo que ya ni existe. Poseo solamente un "Paisaje del Oeste". En otra parte he descrito la vida de mi amigo en Madrid. ("Notas sobre Jesús T. Acevedo", *Simpatías y diferencias*, 2a. ed. II, págs. 292-299.)

La situación llegó a ser dura. Cierta vez, aprovechando una buena oferta, compré un saco de patatas para asegurar por unos días la comida de mi familia, y a régi-

men de patatas nos pusimos. Pero la casa de Torrijos era húmeda como esponja, las patatas echaron brotes al calorcito de las camillas o braseros y ya no fué posible comerlas. En fin... aquí de Napoleón. Además, los tenderos de la esquina, con la bondad propia de aquel pueblo, me fiaban todo y esperaban pacientemente y simulando no percatarse, a que yo fuera pagando como podía.

Por suerte, aquella España —todavía de la "preguerra"— conservaba un ancho margen de gratuidad. Más de una vez pedí de beber en un pueblo, y en vez de agua me trajeron vino. "El vino lo da Dios", y no me quisieron cobrar. El mozo, en los Toros, se negaba a recibir doble propina: "Ya me ha dado su compañero". El cochero de punto prefería arrancar sin cobrarme, para que yo no me incomodara en cambiar un billete al término del servicio. ¡Utopía, Jauja! (Ver mi "Ensayo sobre la riqueza de las naciones", en *Cartones de Madrid*.) El solo espectáculo callejero tenía a mis ojos cierto aire de regocijo teatral, de zarzuela de los buenos tiempos: "La Verbena de la Palo-

ma”, “Agua, azucarillos y aguardiente”, “El Santo de la Isidra”, etc. Un mozo, la cesta de pan a la cabeza y cantando como el muchacho de Quevedo, a quien el gusto de la copla le quita la tentación de los bollos que va acarreado, entraba por toda Hermosilla echando la voz que daba gusto y entonando “La Panderetera”. El vendedor de naranjas ofrecía tantas por una peseta y, después de contarlas, añadía: “Y otra porque quiero, y otra porque me da la gana, y otra y otra y otra.” ¡Utopía, Jauja!

¡Ay, pero era imposible cerrar los ojos a las realidades apremiantes! Los pregones y gritos callejeros siempre me han impresionado mucho. (Ver, en los *Cartones*, la página sobre las “Voces de la calle”). Y, sobre todo, las deformaciones que produce el engaño acústico, como en el poemita “Fonética” (*Obra poética*, pág. 65). Así, cuando regresé a México en 1924 —edad de “fotingos” y “chafiretes”, abolición de letreros y vuelta a los analfabéticos reclamos orales—, yo creía oír, en mi esquina del Ciprés, junto a la Alameda de Santa María, cosas tan absurdas como éstas: “¡Hacer la vida en secreto!”, “¡Quemar a Roma, como Nerón!”. Y en el Madrid de mis días, calle de Torrijos, oía yo, lleno de angustia, a un vendedor que siempre parecía gritar: “¡Requesón de Miraflores de la Sierra!... ¡Ir por ahí a implorar!” Y esta última frase —imaginada y fantástica— sentía yo que me la arrancaban del alma.

La sensación de penuria se acentuaba aún con el frío. Para defen-



Martín Luis Guzmán

derme, aprendí a cubrirme pecho y espalda con papel de periódico, y descubrí que un rato junto a una boca de calefacción en el Museo del Prado me daba calor para un par de horas.

Como la exasperación suele ser buena consejera, con las últimas pesetas acostumbrábamos darnos un rato de asueto en los cines céntricos, y luego volvíamos a pie, compungidos, hasta nuestro barrio distante. La “Fuga de Navidad” (*Visperas*) guarda un eco de estas penalidades.

No tardé mucho, sin embargo, en emanciparme de trabajos postizos, y pude entonces aplicarme a tareas más de mi gusto. Ya he dicho en otra parte que, desde la inauguración de mi curso sobre “Historia de la lengua y la literatura españolas” en la Escuela de Altos Es-



El Museo del Prado



Paisaje de las afueras de Madrid, por Acevedo

tudios de México, yo me carteaba con Onís, por consejo de Pedro González Blanco. Ya he dicho también que, gracias a Onís, me acerqué al Centro de Estudios Históricos —bajos de la Biblioteca Nacional—, para preparar el tomo alarciano convenido con “La Lectura” a iniciativa de Díez-Canedo; que en el Centro me amisté, además, con Américo Castro, Tomás Navarro, Antonio G. Solalinde; que don Ramón Menéndez Pidal me agregó a su sección de Filología, entiendo que por sugestión conjunta de Castro y Onís. Entonces me consagré especialmente a la literatura española moderna, del Renacimiento en adelante, trabajando en una mesa doble (lidiando en plaza dividida) con el medievalista Solalinde, que ocupaba la otra mitad.

Era la hora de las “barbas institucionistas”, que así podemos llamarlas por don Francisco Giner de



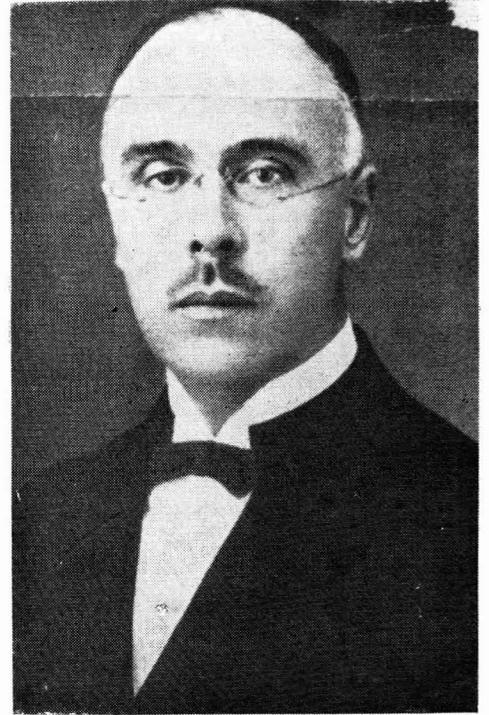
Enrique Díez-Canedo

los Ríos, el hombre de la Institución Libre de Enseñanza, quien había creado un nuevo ambiente en la vida cultural española: las de don Francisco, las de don Manuel B. Cossío, especialista en la pintura y la interpretación del Greco; las de don Rafael Altamira, historiador de la civilización hispánica, que parecía un Shaw sin malicia; las de los hermanos Barnés, de "La Lectura", uno de los cuales vino también a morir en México; las de su lugarteniente en las labores editoriales, Francisco Acebal, que se iba retirando de la vida literaria en Madrid, pero aún escribía con cierta frecuencia para los diarios argentinos; las de Juan Ramón Jiménez; y, sin salir del Centro de Estudios, las de don Ramón Menéndez Pidal, de Américo Castro, de Onís. Acaso las de Unamuno, las de Valle-Inclán y las de Baroja procedían de zona diferente. Por aquel entonces, Onís vestía de chaqué, fieltro de alas anchas, cuello de pajarita, corbata blanca de mariposa. Tanto él como Castro, que se trasladaron, uno tras otro, a los Estados Unidos, se afeitarían las barbas en su nueva etapa americana. Lo que me lleva a contar una anécdota de don Francisco A. de Icaza, otra barba insigne. Don Luis Palomo, hombre muy conocido por sus actividades de hispanoamericanista y que presidía alguna de esas amables sociedades dedicadas a estrechar los vínculos amistosos entre "la Madre Hispana y las Hijas de Ultramar", se parecía a don Francisco A. de Icaza —salvo el empaque "virreinal" de éste— al punto que a veces los confundían. A don Francisco no le hacía gracia esta confusión, y me figuro que

tampoco a don Luis. Un día don Francisco decidió cortar por lo sano, quiero decir que se afeitó barba y bigote y salió a la calle con otra cara. Pero sucede que ese mismo día se le ocurrió a don Luis echar mano de igual recurso... ¡y los dos volvieron a quedar tan parecidos como antes!

Pero vuelvo al hilo de mi historia. Calleja empezó a encargarme traducciones y ediciones populares de clásicos, y más cosas me hubiera encargado, según la benévola acogida que me dispensó, si no fuera porque yo no me sentía inclinado a aceptar horas de oficina y prefería seguir navegando bajo mi bandera de corso.

Se creó el semanario *España* (gerente, Luis G. Bilbao; directo-



Tomás Navarro



D. Ramón Menéndez Pidal

res sucesivos, José Ortega y Gasset —tácito— y Luis Araquistáin —expreso—, y me abrió sus puertas. Martín Luis y yo escribíamos allí una crónica de cine bajo el seudónimo "Fósforo". En junio de



Américo Castro, Justo Gómez Ocerín y una veraneante

1916, ya como único poseedor del seudónimo, trasladé mi crónica de cine al *Imparcial*, adonde José Ortega y Gasset me llevó, diciéndome: "El secreto de la perfección está en emprender obras algo inferiores a nuestras capacidades". (Ver: M. L. Guzmán, *A orillas del Hudson*, y mis *Simpatías y diferencias*, 2a. ed., I, págs. 291-292). En punto a crítica cinematográfica, "Fósforo" había sido precedido por ciertas páginas de Federico de Onís, publicadas anónimamente en *España*. Pero si en *El Imparcial* mi colaboración se limitaba a las notas "Frente a la pantalla", en *España* fué más extensa y propiamente literaria.

Se fundó *El Sol*, diario en que José Ortega y Gasset hacía de Eminencia Gris, Manuel Aznar era secretario del Consejo de Administración, y que dirigía Félix Lorenzo, ex-director de *El Imparcial*, y donde se me confió la página de los jueves dedicada a "Historia y Geografía". Había ciertos días de la semana para la biología y la medicina, la economía política, la educación, etc.

Mi actividad va adelantando por varios caminos que pueden enumerarse así:

1) La literatura personal, inventiva y de creación: *Cartones de Madrid*, *Visión de Anáhuac* (libros ambos de que ya he tratado), *El Suicida*, *El plano oblicuo*, *El Cazador*, *Calendario* y las páginas más tarde recopiladas en *Las vísperas de España*.

2) La poesía, fiel compañera: *Huellas* (1923) reúne toda mi producción anterior.

Estos dos grupos representan el fondo de mi labor, la obra desinte-

resada y constante, la que mana como respiración, la que escribo sólo para mí. Los demás grupos fueron, más o menos, como decía Alarcón de sus comedias, "virtuosos efectos de la necesidad"; sin que niegue yo por eso que satisficieran, también, una parte de mis aficiones.

3) La filología y la erudición: trabajos en la *Revista de Filología Española* (Centro de Estudios Históricos), en la *Revue Hispanique de París*, en el *Boletín de la Real Academia*, etc., de que saldrán los tomos *Cuestiones gongorinas* (1927), las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945), *Entre libros* (1948), donde hay también muchas páginas periódicas.

Los trabajos de este grupo me ocuparon aun antes de las faenas periódicas y, por decirlo así, desde mi llegada. Sobre este segundo grupo es indispensable referirse constantemente a mi ensayo "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato*, 1941, págs. 95-138), donde me he explicado ampliamente respecto a la historia de mis *Capítulos de literatura española*, primera serie. Lo cito de una vez para siempre. Aquí aprovecharé algunas noticias allí contenidas y añadiré otras complementarias.

4) Las ediciones: Fray Servando Teresa de Mier, Quevedo, Arcipreste de Hita, Alarcón, Gracián, el *Cid*, Lope, Góngora, Nervo, y una antología mexicana en que simplemente ayudé a Urbina. Por su naturaleza, muchos de estos trabajos se confunden con los enumerados en el grupo anterior, o sea los eruditos, y los examinaré al mismo tiempo.

5) La literatura periodística, recogida principalmente en *Retratos reales e imaginarios* (1920), las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926, y 2a. ed., 1945), *Aquellos días* (Santiago de Chile, 1938, libro poco conocido en México), y otros no recopilados aún en volumen, como *Las mesas de plomo* y la *Historia de un siglo*.

6) Las traducciones: Chejov, Chesterton, Stern, Stevenson, Alvarez, etc.

7) Varía: *Guía del estudiante*, en colaboración con Solalinde (1918); *Lecturas: ensayos*, selección para el Instituto Escuela de Segunda Enseñanza (1920), etc. Aquí hay que mencionar mis colaboraciones anónimas y secundarias, que José María Chacón y Calvo ha recordado en algún artículo y que poco fruto dieron a mi verdadera biblio-



Antonio G. Solalinde

grafía literaria: ya para la *Cultura Hispanoamericana*, o ya para la *Unión Hispanoamericana* (meros auxilios a Roberto Taub, antiguo diplomático mexicano y compañero de mi hermano Rodolfo). Estas labores eran más decorativas que reales; nunca las tomé muy en serio. Obra perdida: *Cartapacio de Torrijos*, donde Martín Luis, Acevedo y yo coleccionábamos cuentos de loros (comenzando por el que trae Riva Palacio) y otras curiosidades de nuestro folklore.

A fin de evitar confusiones, tén-gase presente que una es la fecha de elaboración, y otra, a veces muy lejana, la fecha de publicación. Nunca tuve mucha prisa en formar



D. Manuel B. Cassio

los volúmenes, y suelo dejar mis originales años y años en reposo, con más que horaciana cautela.

José Moreno Villa organiza los recuerdos de su infancia según los cuatro costados de la casa paterna (*Vida en claro*). *Pita Amor*, en la biografía novelada que está escribiendo, los reparte según las estancias: sala, comedor, alcoba, sótano, etc. Yo puedo ordenar mis obras madrileñas conforme a mis sucesivas "moradas"; y pido perdón por manosear esta palabra de tan noble abolengo. Mi drama se divide en cuatro actos:

1º Las posadas: Carretas, San Marcos, Argensola (esquina a Génova) y Recoletos, como mera etapa de tránsito;

2º Torrijos, de que algo se ha dicho y algo más queda por decir;

3º General Pardiñas, nº 32. Escena primera: interior, alto; escena segunda: exterior, bajo.

4º Serrano, nº 56, que corresponde a la segunda etapa de Madrid, a la etapa diplomática, la cual en verdad comienza desde la segunda escena del tercer acto.

Como se ve, abundan los nombres de generales: es un sino. Aun mi vieja Avenida Industria, en México, acaba de mudar el nombre por el de un general, o más bien lo mudó hace tiempo, sino que los vecinos no hicieron caso mientras no se mandaron cambiar todos los letreros de la calle. Mis residencias madrileñas se van acercando cada vez más a las zonas céntricas (desde el Paseo de Ronda hacia la Castellana), conforme prosperan mis modestos negocios. El método que seguiré, expresa o tácitamente, para levantar el inventario de mis sucesivos trabajos no es más que la aplicación de las reglas mnemotécnicas que los antiguos retóricos aconsejaban a su orador: el proemio es como un vestíbulo donde hay tal mueble o tal busto; la sala de acceso inmediato deja ver estos tréscillos, cuadros, objetos de arte... Así, recordando mis moradas una tras otra, espero que se me aparezcan las imágenes de las obras en que andaba entonces. En las posadas, los *Cartones*, según ya lo he dicho; en Torrijos, como lo he explicado, la *Visión*; también mis primeras investigaciones alarconianas, mis contactos iniciales con el Centro de Estudios Históricos y lo demás que diré a su tiempo. Por ahora, vencido ya el acto de las posadas, voy a extenderme sobre los trabajos de Torrijos, comenzando por el año de 1915 y, claro es, prescindiendo ya de la *Visión*, anteriormente considerada.